



Y LE ARRANQUÉ

Conocí a María al despuntar de la clandestinidad en el setenta y poco. Era raro encontrar en esos días el equilibrio entre la euforia de los recién estrenados derechos y nuestra hambre de más, entre los viejos anarquistas y los chavales ácratas, entre las mujeres libres y las chicas liberadas. Y ahí estaba María, que tenía años, experiencia, lucha, contacto con el exterior (exilio) y que conectaba con los de ahora.

Fue una de las primeras en ver la necesidad de adaptación de los principios tácticos y finalidades de la CNT. De adecuar los sindicatos (decía «los patrones han cam-

biado, si nosotras no lo hacemos nos vencerán»). De planificar. De mantener la independencia de Mujeres Libertarias.

En su afán de saber y transmitir lo aprendido jamás se dio tregua. Cuántas veces quiso irse a su casa y siguió en el sindicato. Cuántas veces quiso parar y siguió corriendo. Cuántas veces quiso vivir para sí y vivió para los demás.

Por eso cuando murió, yo quité el crucifijo de su

ataúd. Aquí aún no se venden ataúdes sin crucifijo, todavía vende, viste bien, llevar un cristo postizo tanto en la vida como en la muerte.

La cruz de María era auténtica, su cristo no fue postizo. María, a pesar de las monjas carcelarias que le mostraron los peores vicios, no se corrompió. Siguió dándose a todos, a su idea, a nuestra idea. Le pasó como a aquel a quien el poder y la iglesia de su tiempo crucificó.

Por eso María no podía llevar un cristo postizo, y yo, precisamente por creer en Cristo y en María, se lo arranqué.

LA CRUZ

por Isabel Navajas